

CAPÍTULO XXI

Entrada triunfal del ejército en Maya.—Medidas pacificadoras.—Hallazgo del tesoro de Usana, é idea repentina que me sugirió.—Promulgación de una Carta constitucional.—De mi éxodo y de los fenómenos sobrenaturales que lo acompañaron.

Detrás de los embajadores venía el ejército triunfador, y la corte se preparó para recibirlo dignamente. Como el día no era muntu, y la incomunicación diurna de la mujer continuaba siendo rigurosa, se dispuso que el desfile de las tropas tuviera lugar por el centro de la ciudad, entrando por la puerta de Mbúa, ó del Sur, y saliendo por la de Mpizi, ó del Norte, y volviendo á entrar por la de Lopo, en lo antiguo de Viti, ú oriental, y á salir por la de Misúa, ú occidental. Así, todas las mujeres podrían presenciar el espectáculo, ocultas, desde las claraboyas de los palacios y tembés.

En la puerta de Mbúa estaban las autoridades, colocadas por orden jerárquico. En primera línea el listísimo Sungo, montado sobre el tranquilo hipopótamo, cuyas riendas eran tenidas por los dos Igurus auxiliares, el valiente Angué y el astuto Tsetsé; á la derecha, los tres regentes: el hábil

mímico Catana; el elefántico Mjdsu y el calígrafo Mizcaga, y á la izquierda los cuatro consejeros presentes: el prudente Uquima, el geógrafo Quingani, el gangoso Nganu y el narigudo Nindú. En segunda fila los uagangas matutinos y vespertinos, separado cada grupo en tres alas, según costumbre antigua. Detrás los numerosos pedagogos y mnanis. La muchedumbre, entre la que yo me confundía, se desparramaba por el prado y por las calles de la ciudad.

Á eso de mediodía se divisó, por el camino que bordea la margen Norte del río, la vanguardia del ejército, el cual fué llegando, las túnicas marcialmente agitadas por un viento favorable, en el mismo orden en que había salido de Unya. Primero el veloz Nionyi con sus batidores y velocipedistas; luego la banda de música, capitaneada por el consejero Lisu, con sus espantados ojos, abrumado bajo el peso del rescatado estandarte; después los portadores y cantineras, que ahora caminaban con pie ligero; á continuación el consejero Quiyeré, marcando el paso con sus descomunales patatazas, y el grueso del ejército, dividido en doce secciones, cada una mandada por un general; y por último, los dos mil hombres de la reserva de Unya, á cuyo frente venían el gran nadador Anzú y los cuarenta fusileros. Tan brillante milicia desfiló con orden perfectísimo ante los ojos satisfechos de la autoridad y en medio de las aclamaciones populares.

Cuando las tropas, después de atravesar dos veces la ciudad, salieron por la puerta de Misúa, el gobierno, con su comitiva, las aguardaba allí para

disolverlas y distribuirlas con arreglo al plan consuetudinario de defensa nacional. El corpulento Mjdsu fué organizando los cuadros de las doce guarniciones, y cada general, después de recibir abundantes provisiones de boca para el camino, y una paga extraordinaria, partió con sus soldados, sus portadores y sus cantineras. Los músicos obtuvieron permiso para retirarse á sus moradas, pues ardían en deseos de ver á sus familias, y los voluntarios de la reserva, á excepción de los fusileros, fueron licenciados, y salieron en distintas direcciones hacia sus respectivas ciudades. Sólo quedaron en pie de guerra los voluntarios mayas y los velocipedistas, que formaban el núcleo dirigido por el veloz Nionyi, y á los cuales se reservó la honra de sofocar la rebelión de los accas. Nionyi partió para su gobierno de Unya, y su hijo, el experto navegante Anzú, le sucedió en tan importante mando militar. Anzú emprendió la marcha á Mpizi por el camino de Misúa, y en Maya quedaron para nuestra defensa los cuarenta fusileros al mando del prudente Uquima.

El solo anuncio del regreso de los ruandas á sus guarniciones restableció la calma en las ciudades, y para afirmar aún más el orden, muchos reyezuelos acordaron la expulsión de los pocos siervos que se habían librado de la mutilación ó de la muerte. Contra lo que yo creía, los accas eran más bien aborrecidos que estimados por el trabajo que prestaban, pues los indígenas pobres querían trabajar en lugar de ellos para poder obtener los tan útiles mcumos. Los muchos atractivos que ahora tenía la vida, y por encima de todo el deseo de embriagar-

se, les iba poco á poco haciendo amar el trabajo. Los accas, por su mísera condición, por sus pocas exigencias, eran, pues, unos terribles concurrentes, y si los adulterios no bastaran, las leyes reguladoras del trabajo hubieran hecho estallar los odios de los obreros nacionales contra el trabajador extranjero. Los que antes no querían trabajar, ahora estaban muy cerca de sostener su derecho (y aun derecho preferente) al trabajo.

En Maya, no obstante, el problema era más complicado, porque la centralización y monopolio de muchas industrias exigía un gran número de siervos que trabajasen á las órdenes inmediatas del rey ó del Igana Iguru. Pero comenzó á susurrarse que podían servir para el caso los esclavos rugas-rugas, cogidos en la batalla de Unya. Es admirable cómo se aguza el ingenio de una nación movida por el odio, y cómo se encuentra salida para las situaciones más complicadas. Examinando la historia de las persecuciones religiosas en los países civilizados, de las expulsiones de que han sido víctimas los judíos, los moriscos españoles y tantos otros pueblos, se pueden hallar crisis análogas á ésta por que atravesó la nación maya. Aquí las diferencias no eran de religión, porque los accas no tenían ninguna y se acomodaban á todas; pero las había y grandes, de tipo, de estatura, de carácter y de temperamento, sin contar la interposición funesta de lo eterno femenino. Á pesar de mi resistencia, comenzaba á convencerme de que al fin habría que prescindir de los enanos, que expulsarlos del país, ya que la oportuna adquisición de los rugas-rugas venían muy á punto á suplir su falta y á

satisfacer la necesidad que tiene toda nación de algo ó alguien en quien desahogar impunemente los malos humores.

Los accas, concentrados poco á poco en los bosques de Mpizi, dueños de los cuarteles de la frontera, podían libremente abandonar el país; pero ¿adónde ir, solos, sin sus mujeres y sus hijos? ¿Dónde ha existido una raza cuyos hombres se trasladaran de unas á otras regiones, abandonando sus seres amados, sin esperanza de volverlos á ver? Aunque á los accas se les hubiesen borrado los dulces recuerdos de su estancia en las ciudades mayas, los retenía aún el amor á sus mujeres propias, porque este amor no era obcecación momentánea, sino sentimiento secular é indestructible. Y aunque por raro ejemplo olvidasen á sus antiguas mujeres y se decidiesen á partir sin ellas y hasta sin sus hijos, en los que los infelices castrados veían la única esperanza de conservación de su especie, ¿cómo podrían partir, desorganizadas sus tribus por la servidumbre, sin jefes que con la debida autoridad les guiaran y supieran vencer los innumerables obstáculos de una emigración al través de los inmensos bosques que separan el reino de Maya de los bordes del Aruvimi?

Ateniéndose estrictamente á las órdenes recibidas, el hábil nadador Anzú pasó por Misúa, donde el innovador y ladrón Chiruyu se hallaba en pacífica posesión del gobierno de los escasos súbditos que había encontrado, y por Mpizi, cuyo reyezuelo, el anciano Racuzi, descendiente de la dinastía anterior á la del plebeyo Usana, no tenía ningún motivo de queja de los infelices siervos, y condo-

lido de la desesperada situación en que les veía, les proporcionaba algunos víveres para que no muriesen de hambre los pocos que sanaban de las feroces heridas que recibieran. Después se dirigió hacia la frontera para restablecer la guarnición, expulsada por los enanos, y entró en negociaciones con el malaventurado Bazungu para ver el modo de que la ley fuese cumplida sin más derramamiento de sangre. Bazungu se prestó á entregar los cuarteles y á establecerse con los suyos en un lugar próximo á la frontera, entre Mpizi y Urimi, si se les aseguraban las provisiones necesarias para ir viviendo en paz hasta tanto que pudiesen alimentarse del fruto de su trabajo. El experto Anzú aceptó la proposición, rescató los cuarteles, y de acuerdo con el humanitario Racuzi señaló el terreno y la parte de la foresta que había de darse á los accas. La nueva ciudad que se fundase sería como tributaria de Mpizi, y el mismo Bazungu sería su reyezuelo.

Esta transacción, que á mí me parecía de perlas, y que valió á su negociador Anzú el cargo de pedagogo, vacante desde que pasó á Boro el geógrafo Quingani, no satisfizo á la generalidad de los mayas, porque éstos se habían encariñado ya con la idea de la expulsión, y veían un peligro en la existencia de los accas dentro del país y en la posibilidad de que continuasen ejerciendo sus industrias como hombres libres. Y aun vino á favorecer tan tenaz oposición la conducta noble y gloriosa de las mujeres accas. Éstas se habían mantenido en las ciudades, ó bien por temor, ó por apego á sus hijos, ó porque creían que los hombres de su raza no

tendrían más remedio que volver cuando pasase la tormenta; pero viendo que la escisión tomaba cuerpo y que se reconocía la independencia de los enanos, todas escapaban de noche en busca de sus esposos, de sus padres ó de sus hermanos, llevándose consigo cuanto podían. Esta fuga general era alentada y favorecida por las mujeres mayas, que, privadas de los enanos, aplicaban á sus maridos la ley del talión, por la cual, en caso de duda ó de silencio en la ley escrita, se rigen en el justiciero país de Maya.

En tal situación, quiso la buena fortuna de los accas que el famoso cantor de las palmeras y reyezuelo de Rozica, Uquindu, me invitase á pasar unos días á su lado, y que yo aceptara la invitación para zafarme de las mil molestias que la mala voluntad del pueblo maya y mi cargo decorativo de rey padre me proporcionaban. Dirígeme, pues, á Upala, cuyo nuevo reyezuelo, el narilargo Monyo, me retuvo y me colmó de atenciones, demostrando que, á pesar de sus ilegales exacciones en Boro, albergaba en su pecho un alma agradecida. A veces, y no me fundo en este caso solo para afirmarlo, el hombre que abusa del poder y se burla de las leyes, es más justo que el que las cumple y las acata; porque el primero suele ser un espíritu abierto al mal y al bien, y obrar como verdadero hombre, mientras que el segundo es siempre un alma seca é inabordable, incapaz así de bondad como de malicia.

En Upala me embarqué con destino á Rozica; pero al pasar por Nera, su reyezuelo, el rico armador Cazala, á quien personalmente no conocía,

me salió al encuentro, me agasajó como mejor pudo y me acompañó hasta Rozica, donde me recibieron con gran pompa el poeta y reyezuelo Uquindu y sus seis hijastros, hijos del célebre Enchúa, alojándome en las mejores piezas de su grande y ruinoso palacio. Al día siguiente, después de pasearme por la ciudad para calmar la expectación pública, consagré el resto de la mañana á visitar el palacio, no tan abastecido como solían estarlo los de los demás reyezuelos, pero donde me estaba reservada una grata sorpresa. En un inmenso tembé, situado cerca del kiosco de los loros, se conservaba desde tiempo inmemorial una colección de objetos pertenecientes al rey Usana, botín de sus victorias en los países vecinos, particularmente en Banga, que tenía con Rozica fronteras comunes. A la sazón el país de Banga estaba deshabitado, y los ruandas de esta guarnición vivían casi siempre en la ciudad, sin temor á extrañas intrusiones.

Entre los objetos allí quedados, que no eran todo el botín de guerra, pues gran parte de él fué distribuido entre diversos reyezuelos, había gran variedad de armas enmohecidas, y aun me pareció reconocer restos de fusiles comidos por el orín; pero lo más interesante era una pila enorme de defensas de elefante, amontonadas como cosa inútil, y que de seguro databan del tiempo en que estas regiones sostenían tráfico mercantil con las costeñas. Al cortar Usana estas relaciones, que juzgó peligrosas, acaso con buen fundamento, aquel rico tesoro de marfil no tenía ya valor, y fué abandonado en el palacio del reyezuelo de Rozica. La contemplación

de tan valiosas como inútiles riquezas suscitó en mi ánimo, en forma de vago preludio, el pensamiento de abandonar el país. No fué que se me despertara el instinto comercial, que, sinceramente hablando, nunca me poseyó por completo, ni aun logró contrabalancear el fondo de idealismo que de mi buena madre tenía heredado, sino que, viendo el perfecto orden en que los mayas vivían, alterado sólo por la presencia de los enanos, ocurrióseme librar á aquéllos de tan gran estorbo y valerme de éstos para transportar los dientes de elefante, que eran en mis manos un precioso recurso. De esta suerte aseguraba la felicidad de los mayas, la de los siervos, á quienes dejaría bien establecidos fuera del país que tan duramente y con tanta ingratitud les pagaba sus asiduos trabajos, y la mía propia, que no podía cifrarse en vivir toda mi vida entre gente de otra raza. Ante la posibilidad de volver al viejo mundo, simbolizada por mí en las defensas de elefante y en las espaldas de los enanos, los ya moribundos recuerdos de mi primera vida renacían, y la realidad de la vida presente se alejaba, como si ya me encontrase en mi tierra, con los míos, viendo desde allí, con la imaginación, este otro cuadro algo más obscuro, obra mía, del que se destacaban tantas figuras conocidas y amadas. ¡Quién sabe si en esa otra vida con que los hombres sueñan para después de la muerte, no se vive también entre espíritus del recuerdo de lo que fué la vida carnal, menos pura, pero también digna de nuestro pensamiento y de nuestro amor!

Despedíme apresuradamente del vate y reyezuelo Uquindu, y regresé á Maya dominado por es-

tas ideas, y de hora en hora más dispuesto á realizarlas. Los regentes y consejeros hallábanse aún embarazados con la grave cuestión de los accas, sin saber cómo apaciguar las iras populares. Comenzó á notarse escasez de algunos artículos, entre ellos de alcohol, por falta de inteligencia en los rugas-rugas traídos de las ciudades de Occidente para suplir á los enanos, y veíase con malos ojos el donativo de alimentos concertado por el experto Anzú. Mi intervención resolvió estas dificultades por los medios más pacíficos y más prudentes. Dicté al regente y calígrafo Mizcaga un decreto, en el que se ordenaba que los enanos salieran del país en el término de dos meses lunares, y que mientras tanto se fuesen reuniendo en la ciudad de Rozica, para que la expulsión tuviera lugar por el río abajo y no quedasen ningunos escondidos en los bosques. Todos los mayas debían entregar á los expulsados las mujeres accas que aún retuvieran en su poder, así como los hijos de raza pura acca, conservando sólo los mestizos, que serían tratados, cuando les llegase la edad, como hombres libres. Y, por último, debía darse á cada uno de los expulsados víveres para un mes y armas para defenderse de los ataques de las fieras ó de los hombres, hasta llegar á su antigua patria. Mientras llegaba el día de la expulsión, quinientos accas, elegidos entre los castrados, quedarían en la corte para enseñar á los rugas-rugas los diversos oficios en que éstos habían de trabajar á las órdenes del rey y del Igana Iguru. Por doloroso azar, propio de las cosas humanas, el precoz Josimiré puso su primera firma en este terrible edicto, que debía privarle del

cariño de su verdadera madre y del apoyo de su padre.

Porque urdiendo hábilmente las diversas partes de un plan que de antemano había concertado, después de publicar el edicto anuncié que, por inspiración de Rubango, sería yo mismo el que caminaría al frente de los accas hasta llevarlos muy lejos del país y canjearlos por igual número de cabilis, de acuerdo con las predicciones del Igana Nionyi. Igualmente les profeticé que mi segunda ausencia sería tan larga como la primera, y les ordené que en el intervalo cumplieran rigurosamente los preceptos consignados en unas tablitas de madera que antes de separarme de ellos les entregaría.

Mi pensamiento en este punto se redujo á condensar en varios preceptos breves, claros y razonables lo substancial de la Constitución que tenía en cartera, y que no promulgué por desconfianza en las fuerzas intelectuales de mis gobernados; y como era aún más importante que los preceptos el modo de colocárselos perpetuamente delante de los ojos, ideé la novedad de las tablillas de madera, que de rechazo me obligó á dotar á los carpinteros del país de una nueva herramienta: el cepillo. Las tablitas tenían que estar muy bien cepilladas, y contener en el anverso la microscópica Constitución, y en el reverso el nombre del que la poseía, seguido de los nombres de su padre y de su abuelo. Había yo notado que las familias mayas se tenían poco cariño, y llegué á descubrir que la causa era la eterna falta de memoria. Como las personas tenían un solo nombre, y la mayor par-

te ni siquiera lo recordaban, no se conservaba el ligamen familiar más que entre los que vivían bajo el mismo techo; en separándose, como si fueran animales inferiores, se olvidaban los unos de los otros, y aun perdían el hábito de reconocerse. Mi pensamiento era, pues, de gran trascendencia moral y social, porque obligando á cada persona á llevar colgada al cuello, como adorno, la tablita de madera, no sólo les recordaba los mandamientos de la Constitución, sino también su abolengo familiar y las buenas ó malas acciones que á él fueren anejas. Sólo había una dificultad que salvar al establecer la reforma: la de inscribir los nombres del padre y abuelo de las personas que no los recordaban. En estos casos se eligió uno arbitrariamente, por donde vinieron á ser los más pobres, como los más ricos, nietos de los más ilustres personajes glorificados por la historia nacional. El lluvioso Ndjiru, el segundo Usana y el corpulento Viti tuvieron millares de descendientes en todo el país, y la nivelación de clases dió un paso digno del firme y zancudo Quiyeré.

Al mismo tiempo que, auxiliado por gran número de pedagogos, inscribía en el reverso de las tablillas los nombres de cada habitante del país, según los censos de los afuiris de la corte y locales, y con arreglo á los datos que cada particular aportaba, hacía copiar exactamente en el anverso los cinco artículos de que se componía la Constitución, redactados, después de muchas cavilaciones y tanteos, en la forma siguiente:

I. Teme á Rubango, cree en el Igana Nionyi, confia en Arimi.

II. Ama al gran muanango, venera al Igana Iguru, respeta á todos los uagangas.

III. Obedece á los reyezuelos, sigue á los pedagogos, huye de los ruandas y mnanis.

IV. Trabaja mientras dure el sol, paga los tributos, ten gran número de mujeres é hijos.

V. Come sólo legumbres, bebe poco alcohol, duerme mucho.

Como se nota á primera vista, los preceptos están todos en forma ternaria, y, además, en lengua maya resultan con cierto ritmo, muy conveniente para que se peguen al oído y se les retenga sin esfuerzo. La colocación de los tres términos en cada renglón no es tampoco arbitraria, pues aparte de estar colocados por orden de materias, procuré que el primer mandamiento de cada grupo fuese el más esencial, y que en cada mandamiento fuese también lo más esencial la primera palabra. Por este sistema, aunque los perezosos mayas no pasaran del principio de los renglones, hipótesis muy admisible, aprendían ya lo bastante para que su vida fuera tan perfecta como cabe concebirla en lo humano, puesto que, siempre que se las interprete con mediano buen sentido, las cinco palabras iniciales: teme, ama, obedece, trabaja y come, son como los fundamentos de la sabiduría, de la humanidad, de la paz de los estados, de la prosperidad material y de la buena salud.

Simultáneamente con mis faenas legislativas marchaban otros trabajos de no menor importan-

cia, en los que mis paternas provisiones para asegurar la felicidad y el progreso de la nación llegaron hasta un extremo exagerado. Revelé al listísimo Sungo todos mis secretos de gobierno, en particular la preparación de los milagrosos rujus, sin reservarme más que el de la pólvora, que después de muchas vacilaciones consideré muy perjudicial aun en las manos más firmes y prudentes; y aprovechando la romería á la montaña de Boro, hice una última visita á la hierática ciudad, y en medio del pasmo de los innumerables peregrinos lancé al espacio, desde el observatorio astronómico, un globo de tela que construí con el intento de fortificar más todavía la fe en el Igana Nionyi y de extender por todo el país las profecías sobre mi viaje y mi tardío regreso. El globo era como un mensaje al progenitor de los cabilis, quien debía contestar por medio de signos celestiales, que yo también hice aquella misma noche, disparando desde el nuevo enju varios cohetes que, envueltos entre matas de maíz, había llevado conmigo, y que al caer en forma de bellos caireles, de estrellas fugaces y de largos lagrimones, dejaron cimentada la nueva Constitución, con tanta firmeza como los fuegos del Sinaí habían establecido, algunos siglos atrás, la ley judaica.

Pero con ser estas medidas de gran trascendencia para el país, había otras que me preocupaban más altamente, por referirse á mi numerosa familia, á la que yo amaba con amor entrañable, aunque parezca deducirse lo contrario de la severidad con que, á fuer de historiador verídico, la he juzgado en algunos pasajes de estas Memorias. Pare-

ciéndome peligroso dejar en el real palacio un número excesivo de mujeres sin otra autoridad que la del tierno Josimiré, jefe natural durante mi ausencia, decidí hacer un expurgo riguroso y distribuir mis mujeres jóvenes entre los regentes, uagan-gas, consejeros, reyezuelos y personas de altísima posición social, exceptuando á los inhabilitados por su parentesco conmigo, como eran, aparte del Igana Iguru, los regentes Catana y Njudsu y los hijos de éstos. Entre las mujeres regaladas figuraron también dos de mis favoritas: la sensual Canúa, que pasó á poder de su antiguo señor, Lisu, el de los grandes ojos, y la revoltosa y glotona Matay, mi lavandera familiar, enviada á mi gran favorecido, el valiente Ucucu, uno de los entusiastas del lavado de las túnicas desde los albores de la reforma.

En virtud de esta selección quedaron sólo en palacio quince mujeres ancianas para hacer compañía á la vieja Mpizi, á la ya bastante ajada Memé y á la flaca Quimé. En cuanto á mis treinta y dos hijos, en muchos de los cuales se notaba la influencia de los accas, todos debían quedar bajo la potestad de Josimiré.

Para que la realeza se conservara con el mayor exclusivismo entre mis descendientes aproveché la circunstancia de estar permitido por las leyes del país el casamiento entre hermanos de un solo vínculo, y desposé un tanto prematuramente al hijo único de Memé, mi primogénito, llamado, como yo, Arimi, á pesar de su extremada torpeza en la articulación de los sonidos, con la hija mayor de Quimé, flaca como su madre y celebrada por mis

vates caseros bajo el nombre de Vitya, porque su cabellera ondulante y larguísima, tan diferente de la rizada y corta de las mujeres mayas, tenía, á juicio de los cantores, cierta semejanza con un árbol del país, especie de mimbrera llorona. Los hijos que saliesen de este enlace, como hijos de la hermana mayor del rey, serían, con arreglo á la ley maya, los llamados á continuar la dinastía de Arimi á la muerte de Josimiré.

Al expirar el plazo de dos meses lunares, fijado en el edicto de expulsión de los siervos, todo estaba preparado para mi partida. Los enanos, con sus mujeres é hijos, sus armas y provisiones, se habían concentrado en Rozica, y todos los organismos de la nación funcionaban con la regularidad de un aparato de relojería. Asistí por última vez á las fiestas del día muntu, y cuando el sol empezaba á declinar anuncié que era llegada la hora de la triste separación, y, no sin dirigir una suprema mirada al vencedor de Unya, en cuya diestra ondeaba la verde túnica del cabezudo Quiganza, abandoné los frescos prados del Myera, arrastrando tras de mí á la confundida muchedumbre, que con profunda emoción permaneció junto á la gruta de Bau-Mau, sobre la catarata, hasta que, siguiéndonos con los ojos, nos vió desaparecer en nuestra canoa á mí y á mi pobre comitiva, formada sólo por la angustiada reina Muvi y seis remeros enanos. Aquella noche dormimos en Upala, en el palacio del narilargo Monyo, y á la mañana siguiente, rayando el día, continuamos nuestro viaje hasta Rozica, adonde llegamos al anochecer.

Durante el viaje iba yo repasando en mi memo-

ria todas las ideas que se me habían ocurrido en los dos últimos meses para resolver el arduo problema del establecimiento de los accas. Pensaba utilizarlos para mi liberación, pero pensaba pagarles este servicio como mejor pudiera. Abandonados á su torpe iniciativa, su actividad, que era grande, quedaría anulada por su falta de dirección. Ellos eran para mí una fuerza utilísima, y yo quería ser para ellos un nuevo Moisés, que, sacándoles de la servidumbre, les llevara á un país libre, donde pudiesen vivir y multiplicarse á sus anchas. Daba por cosa hecha que, con los conocimientos que habían adquirido en los nueve años de vida común con los mayas, estaban en condiciones para fundar una nación tan bien gobernada como la de éstos, siempre que encontrasen un territorio deshabitado, sin relación con otros hombres de mayor estatura, que, por ser más fuertes, sentirían inmediatamente el deseo de destruirlos ó esclavizarlos. Al propio tiempo comprendía la imposibilidad de hacer un largo viaje al través de selvas vírgenes con más de veinte mil personas. Á pesar de las mutilaciones y matanzas, los enanos, que al entrar en Maya eran unos diez mil, resultaban duplicados con largueza; los hombres útiles habían disminuído; pero en cambio las mujeres habían aumentado, y la impedimenta de niños era un obstáculo casi insuperable para emprender largas jornadas.

Confiando en la bondad de mi antiguo poeta casero, el reyezuelo Uquindu, y en la amistad que, tanto él como sus seis hijastros, profesaban á la reina Muvi, propuse á éstos secretamente una combinación que me pareció ventajosa: el establecimiento

de las mujeres accas, con sus hijos, en el vecino reino de Banga, bajo promesa solemne de que no se les molestaría, y de que siempre que fuera posible se les prestarían los auxilios propios de una buena vecindad. Como muchas de estas mujeres habían perdido á sus esposos, y en Rozica, por ser práctica constante la poliandria, el sexo femenino estaba muy escasamente representado, era de esperar que nacieran de este contacto uniones mixtas y una descendencia no incapacitada para vivir en Maya, donde ya quedaba un número considerable de mestizos. Andando el tiempo, insensiblemente, los habitantes de Banga irían penetrando en el país, y Rozica encontraría en ellos los más activos auxiliares para desarrollar sus industrias. El cantor Uquindu penetró rápidamente en mis trascendentales designios, y el mayor de sus hijastros, el primogénito de Enchúa, se ofreció para ejercer el cargo de reyezuelo de la nueva nación; mas pareciendo justo que en una nación de mujeres el gobierno lo ejerciera una mujer, se decidió que la magnánima Muvi fuera la reina, y que el primogénito de Enchúa sustituyera como rey al malaventurado Bazungu.

Tuvo, pues, lugar nuestra salida del país en las circunstancias más favorables, y en particular la reina Muvi no ocultaba su regocijo ante la idea de quedar cerca de Maya y de su hijo Josimiré, á quien amaba como madre y veneraba por natural orgullo, tanto más intenso cuanto que no podía hallar desahogo ni en hechos ni en palabras. Grande es siempre el amor maternal, pero toca en lo sublime cuando se mezcla con la admiración por el hijo

amado. Todos los sentimientos de la magnánima reina acca, sin excluir el religioso amor que á mí llegó á tenerme, cedían ante la idea de su hijo rey triunfante de la malquerencia de los mayas; proclamando, bien que para su madre sola, la superioridad intelectual del vencido, que huyendo impone al pueblo fuerte un amo de su raza. Entre todos los enanos, Muvi era la única que tuviese un ideal que la ligara perpetuamente al país perdido: la necesidad de seguir paso á paso la historia de su hijo Josimiré, y la esperanza de penetrar alguna vez, sin ser vista, hasta la corte de Maya, y verle y tributarle su muda adoración, y glorificarse á sí misma con la grandeza de su obra. Por esto su alegría fué indecible cuando conoció el feliz resultado de mis negociaciones, que la permitían quedar junto á las fronteras mayas, y en tal dignidad que acaso con el tiempo tuviese ocasión de tratar de asuntos de Estado con su propio hijo y de descubrirle el gran secreto que la devoraba.

CAPÍTULO XXII

Peripecias de mi viaje desde la ciudad de Rozica á la costa occidental de África.—Mi vuelta á Europa.—Ultimo correo espiritual de la corte de Maya.

Excepción hecha de la reina Muvi, para quien yo no podía tener secretos, todos los accas ignoraron el de mi negociación diplomática con el reyezuelo cantor Uquindu, y creyeron, al anunciarles yo que sus mujeres é hijos quedarían en el país de Banga, que mi resolución obedecía á algún motivo misterioso; y por lo mismo que su inteligencia no daba con el misterio, era más grande la lealtad, el celo, la prontitud con que se sometían á mis mandatos.

Antes de traspasar las fronteras de Rozica exploré, en compañía de dos fuertes grupos de enanos, dirigidos por el antiguo jefe Bazungu y por otro viejo rey llamado Batué, hombre de gran experiencia y prestigio, gran parte del territorio deshabitado de Banga; elegí diversos parajes que me parecieron muy á propósito para establecer á las pequeñas amazonas, é hice construir en ellos grandes cabañas, donde gradualmente fueron éstas instalándose por tribus, y cuando las tribus eran muy numerosas, por familias. Así que tan rudo trabajo

llegó á su término, volví á Rozica con mis accas, recogimos el armamento, las provisiones que allí quedaban y el tesoro de marfil, y después de despedirme amigablemente del reyezuelo Uquindu, cuya conducta fué tan noble y generosa como correspondía á su alma de poeta, acompañados por el primogénito de Enchúa y la reina Muvi, que hasta entonces habían permanecido en el palacio real, salimos de la amable ciudad de Rozica, firme baluarte de la poliandria y del comunismo familiar, y algunas horas después abandonamos para siempre el país de Maya, en el que yo dejaba tantos recuerdos queridos y los accas tantos agravios sin venganza.

En el flamante palacio real de Banga, situado hacia el centro de aquella gran colmena, de la que el feliz primogénito de Enchúa estaba llamado á ser el único zángano, celebróse la consagración de la reina Muvi, así como la de su esposo efectivo y la de su antiguo esposo Bazungu, á quien se le dió el título de rey honorario, y después un yaurí, al estilo de Maya, en el que declaré á los enanos la razón de aquellas extrañas ceremonias. Para salvarlos de una muerte segura en medio de los bosques, había concertado con el generoso Uquindu, mi antiguo siervo, una tregua de seis meses, durante los cuales las mujeres y niños accas quedarían junto á Rozica, y serían respetados y atendidos en sus necesidades. En este tiempo los varones accas buscarían un país donde establecerse bien, lejos de las fronteras mayas, y edificarían ciudades, donde irían recibiendo poco á poco á sus familias. La garantía de este armisticio era la presencia del pri-

mogénito de Enchúa, en quien las mujeres accas tendrían un leal y decidido defensor. Nuestros trabajos en Banga eran, pues, el primer paso hacia la independencia; ahora faltaba atravesar los bosques del Norte, buscar un territorio libre, acomodarse en él y reunir las familias dispersas, conforme los medios de subsistir lo fueran permitiendo. Para asegurar el buen éxito de nuestra empresa contábamos con un gran recurso: las defensas de elefante, que, negociadas con habilidad, nos permitirían reponer nuestras provisiones, armas y vestidos, hasta tanto que la nueva ciudad estuviese completamente organizada. Este último argumento fué el más convincente, porque los accas, según supe, habían vivido largos años cerca del Aruvimi imponiendo derechos de paso á las caravanas árabes y conocían el alto valor comercial del marfil. Así se explicaba el entusiasmo con que todos ellos se prestaron á cargar con las defensas de elefante que yo les fuí distribuyendo en Rozica, y el cuidado paternal con que las transportaban.

Después de consagrar dos días al descanso y á ultimar los preparativos de viaje, al amanecer del tercero, abreviando las despedidas, aunque sin dejar yo de estrechar en mis brazos á la reina Muvi y de mezclar con sus lágrimas mis lágrimas, emprendimos nuestra ruta hacia el Norte, en la que nos acompañaban muchas mujeres accas, hasta que las persuadíamos á que volviesen atrás, á lo que, unas antes y otras después, se conformaban, no sin conmovernos una última vez con sus tiernas demostraciones de cariño. La expedición iba en tres grupos: el primero, de cien hombres, dirigido por

mí, era el encargado de abrir paso y de poner señales en el suelo ó en los árboles para facilitar la vuelta; los otros dos, de más de mil hombres cada uno, marchaban en hilera, unos hombres detrás de otros, llevando al frente, para dar órdenes, al rey Bazungu; y en la retaguardia al segundo jefe elegido, Batué, para evitar que hubiese rezagados. Cada hombre llevaba sobre la cabeza un fardo con provisiones, al hombro un diente de elefante, y en la mano, quién una lanza, quién un cuchillo, quién un haz de flechas.

En tan monótona marcha, yo era el único que sentía una constante agitación é inquietud de ánimo, por ser el director de ruta y el responsable de los contratiempos que pudieran ocurrir, y que seguramente ocurrirían por mi falta de experiencia; no podía confiarme á la dirección de los enanos, pues de hacerlo, no sólo quedaba en el acto sin prestigio, sino que, en vez de ir más ó menos pronto adonde yo me proponía, sería conducido adonde á ellos les pareciera; y mi solo medio de orientación, aparte del sol, era el curso de los ríos, por ser cosa averiguada que su definitivo paradero es el mar. Sin embargo, esta indicación resultaba demasiado vaga, y no impidió que anduviésemos dos y hasta tres veces largos trechos de camino. En mi opinión el río Myera debía desembocar en el Zaire ó en uno de sus afluentes, superiores á las grandes cataratas; pero aunque llegásemos con bien al punto de conjunción con el Zaire, ¿cómo salvar la enorme distancia que hay entre ese punto y el mar, sin medios de transporte, teniendo que cruzar territorios habitados, y por consecuencia hostiles, y sin saber,

como yo no sabía, que á la sazón existiesen establecimientos europeos á lo largo de la gran vía fluvial? Por esto creí preferible atenerme al camino viejo y conocido, y buscar, atravesando la selva hacia el Norte, el camino de las caravanas, para volver á Zanzíbar por el mismo camino que traje.

Los primeros días, á pesar de mis torpezas y de las marchas y contramarchas inútiles que imponía á los pobres enanos, nuestro viaje fué feliz, porque abundaban las provisiones. Al amanecer levantábamos el campo, y para entrar en calor andábamos media jornada; antes de mediodía hacíamos un alto, como de dos horas, para reparar las fuerzas, y luego emprendíamos la segunda parte de la jornada. Cuando el sol iba á ponerse, ó cuando la obscuridad del bosque cerrado era tal que no podíamos guiar nuestros pasos, suspendíamos la marcha, apilábamos las provisiones y las defensas de elefante, y después de aplacar el estómago, cada cual, con las armas al alcance de la mano, se acomodaba en el suelo ó en los árboles hasta el alborear del nuevo día. En estas primeras jornadas el interés se concentraba sólo en el paisaje, y ningún accidente vino á romper la solemne monotonía de nuestro desfile por los claros de la virginal foresta, á ratos silencioso, á ratos interrumpido para abatir los árboles que nos estorbaban, á ratos acompañado por los canturreos de los accas ó por los gritos de sorpresa de las bestias salvajes.

Cuando comenzaron á escasear los víveres fué necesario dedicar parte del día á buscar frutos silvestres y á cazar, y en nuestras batidas dejamos bien pronto en jirones nuestros vestidos, y á veces

algo de nuestras propias carnes, con lo que vini-
mos á quedar en un estado casi primitivo y en si-
tuación harto lastimera. Los accas comenzaron á ir
y á venir en secretos conciliábuloş, y, por fin, una
mañana en que yo presentía ya algo desfavorable
de la parte de mis gentes, el rey Bazungu me ma-
nifestó que gran número de accas se negaban á se-
guirme y que tenían por jefe al desleal Batué.
Acudí en el acto al foco de la rebelión, y el rebelde
Batué, lejos de amilanarse, me explicó los motivos
de su conducta con gran claridad y firmeza. Los
accas habían encontrado varios túmulos ó pirámi-
des de tierra que marcaban, sin ningún género de
duda, un paraje donde vivieron algún tiempo an-
tes de emigrar á Maya, y donde dejaron sepultada
mucho gente de sus tribus; y esta señal, apoyada
por el cantar de nuevos pájaros y por el abundante
césped que comenzaba á tapizar el suelo, daba á
entender que nos hallábamos cerca del lago Nguezi
y de los hombres blancos ó uazongos, más temibles
aún que los mismos mayas. Profunda y grata emo-
ción me produjo el discurso del experimentado
Batué, y justificada me pareció su exigencia final
de volver al país de Banga. Mientras se explicaba,
los enanos, por movimiento instintivo, se habían
ido separando en dos alas casi iguales, una á mi
derecha, bajo la inspiración del rey Bazungu, y
otra á mi izquierda, partidaria del orador; y noté
(por permitirlo el estado de desnudez á que la pér-
dida de las túnicas nos dejó reducidos) que todos
mis partidarios figuraban entre las víctimas del
horrible plan del inconsiderado Asato, y que todos
los descontentos, con Batué á la cabeza, pertene-

cían al grupo más dichoso de los que pudieron sa-
car á flote su integridad personal de aquella espan-
tosa carnicería. Y ocurrióseme pensar que si los
hombres pusiéramos siempre al desnudo nuestros
cuerpos y nuestras almas, ó por lo menos andu-
viésemos más ligeros de ropa, la historia de nues-
tras divisiones, disputas y combates parecería
iluminada por una luz vivísima que acaso nos sir-
viera para mejorarnos en lo por venir. El cisma
surgido entre los enanos me pareció, ante todo, ló-
gico é irreductible, y en vez de adoptar medidas de
represión, me dispuse á satisfacer las opuestas aspi-
raciones; la del bando del rey Bazungu era seguir-
me ciegamente, porque sus agravios con los mayas
eran inextinguibles y porque su amor á la familia
era cada día menos intenso; la del de Batué era re-
gresar á Banga, adonde les atraía el cariño de sus
esposas. Raras veces se habrá ofrecido á la con-
templación de un filósofo un símbolo tan enérgico
de la permanente rebeldía del principio masculino,
original y creador, contra la autoridad, que es la
fórmula de las fuerzas pasivas, rutinarias, infecun-
das, de la Naturaleza. Á pesar del escepticismo que
se había apoderado de mí en estos climas cálidos,
conservaba aún gran respeto, quizás el único, á la
ley de conservación de las especies, y me parecía
abusivo contribuir á la extinción de los accas, ya
de suyo expuestos á perecer á manos de otros
hombres más fuertes; y como mi principal objeto
estaba ya conseguido, según los pronósticos del
experimentado Batué, accedí sin tardanza, y con
íntima satisfacción, á las pretensiones formuladas
por éste. En un pedazo de piel redacté un mensaje

al cantor y reyezuelo Uquindu, y di orden á Batué de partir inmediatamente, con sus parciales, en dirección de Banga, á cuya reina se presentarían para que ésta llevara el mensaje al generoso reyezuelo de Rozica, de quien yo esperaba que les permitiría establecerse al lado de sus familias. Si á los treinta días no estaban de vuelta en los bordes del lago Nguezi se entendería que mi ruego había sido atendido, y todos podríamos regresar á Banga después de vender las defensas de elefante.

Como leones que logran escapar de la trampa en que se vieron aprisionados, así salieron de nuestro campamento los accas revoltosos al mando del experimentado Batué; los demás, en número ahora de mil doscientos, libres ya del estorbo de los rebeldes y más apegados que nunca á mi persona, llevando cada uno dos defensas de elefante, siguieron tras de mí el camino que debía llevarnos á los bordes del Nguezi. Pero la fatalidad de las cosas humanas es tal, que aquel día, que me pareció decidir del buen éxito de mis penosos planes, sentí el primer ataque de fiebre, de la terrible fiebre africana, que me había respetado en tantos y tan duros trances, y de la que había salido indemne hasta en el amarguísimo destierro de Viloqué. La milagrosa conservación de mi salud tengo para mí que fué obra de la alimentación exclusivamente vegetal, á la que yo estaba habituado mucho antes de salir de Europa; pero en la penosa travesía de los bosques congolesees tuve por necesidad que aplicarme también á la carne, á veces descompuesta, de antílope, por ser éste el animal que podíamos cazar más fácilmente, y de aquí me debió resultar,

según los últimos adelantos de la ciencia, una invasión en la sangre de esos microscópicos animalitos, que los mayas designan en globo bajo la denominación de rubango. Á los tres días de marcha, que más bien era ascensión, por terrenos muy quebrados, á la meseta en cuyo centro se forma la cuenca del lago Nguezi, salimos por fin del inacabable bosque, y pudimos reposarnos bajo la bóveda del cielo; mas mis fuerzas estaban tan quebrantadas, que ni aun tuve ánimo para mirar á las estrellas ni para elevar la debida acción de gracias por haber escapado con vida, aunque moribundo, de aquellos sombríos panteones en que todo parece vivir para engendrar el silencio y la muerte.

Cuando me resignaba ya á morir y pensaba tomar algunas disposiciones para asegurar el porvenir de los infelices accas, uno de éstos se me presentó trayendo cogido entre el pulgar y el índice, por una de las pastas, cual bicho extraño y peligroso, un libro que me enseñaba, como preguntándome si aquello era animal, vegetal ó mineral. Yo tomé con ansiedad el libro y vi que era una Biblia en inglés, y que, á juzgar por unas líneas manuscritas en la portada, pertenecía á un misionero de alguna de las misiones protestantes próximas. Reanimado un instante por tan feliz hallazgo, ordené á los accas que recorrieran todo el territorio en diversas direcciones, para ver si se encontraba en él algún hombre blanco; y fué tal mi fortuna, que á las dos horas poco más volvió el rey Bazungu acompañado de un blanco, al que seguían varios hombres armados de fusiles. Era mi visitante un Hé-

cules por lo recio y musculoso de su constitución, y bajo su mirada dura é impasible parecía ocultar un alma bondadosa, puesto que instintivamente inspiraba confianza y simpatía, y el instinto rara vez se equivoca en su primer movimiento. Á mis saludos y preguntas en su lengua, respondió ser, en efecto, el dueño del libro extraviado, y venir á ruego de los accas, sin comprender apenas lo que éstos habían querido decirle. Viéndome postrado en el suelo, abatido por la fiebre, se felicitaba del encuentro y se ofrecía amistosamente para cuanto fuese menester. Yo le declaré que me hallaba á las puertas de la muerte (cosa que él claramente veía sin que yo se lo dijera); pero que mi naturaleza era tan dura y vigorosa, que, si pudiera tomar algunas dosis de quinina, aún podría ser que levantara la cabeza. El misionero se apresuró á contestarme que tenía establecido á corta distancia un gran tembé donde había todo género de provisiones y artículos de comercio, y que no tendría inconveniente en abastecerme de todo cuanto yo necesitara á cambio de marfil. Y diciendo esto no apartaba sus ojos del montón de dientes de elefante, como si se extrañara de ver junta y en poder de un solo hombre y en estos parajes, trillados por los mercaderes árabes, tan asombrosa colección. Yo accedí de buen grado á la permuta propuesta, y en la tarde de aquel día, la mitad y un poco más de mi caudal, hasta un millar de defensas, había pasado á poder del misionero ó comerciante, á cambio de un pañetito de quinina, seis botellas de coñac, tres piezas de tela de colores muy subidos, y un vestido, ya usado, con el que pude cubrir mi desnudez.

El misionero ó comerciante siguió viniendo todos los días, pues esperaba el regreso de dos de sus hombres para levantar el tembé y dirigirse á la costa, no sé si por el Uganda ó si por el Caragüé. Por él supe que me encontraba cerca del Mpororo, no muy lejos del riachuelo de este nombre y del lugar donde me separé de la caravana de Uledi; que la cuenca del Nguezi era á la sazón el punto donde confluían las esferas de influencia del Estado libre del Congo, Alemania é Inglaterra, y que existían ya muchos establecimientos europeos en el África Central. En estas conversaciones, el misionero ó comerciante me manifestó su extrañeza ante la imprevisión é insensatez con que yo me había arrojado, solo y sin defensa, en el centro del Continente africano, entre pueblos tan salvajes y tan poco respetuosos de la vida de los europeos.

— Aunque mi proceder fuera tan insensato como os parece—le contesté con cierta arrogancia (pues con el empleo de la quinina iba poco á poco recuperando mis fuerzas), —yo no sabría seguir otro más prudente, porque, aunque indigno, soy descendiente de aquellos conquistadores españoles que jamás volvieron la vista atrás para examinar los peligros vencidos, ni precavieron la imposibilidad de vencer los que se presentasen, ni pensaron en asegurar la retirada, siendo, como era, su idea única, avanzar siempre, si la muerte no les obligara á caer. Justo será que los mercaderes, que no buscan más que la ganancia material, cuiden de salir á salvo con la vida, sin la que sería poco apetitosa la riqueza; pero el héroe del ideal debe huir de esas soluciones prosaicas, no mirar más que de frente, concebir una

empresa de tal modo ligada con su vida, que ó ambas sean glorificadas en la victoria, ó perezcan juntas en el vencimiento.

El misionero ó comerciante se sorprendió de que yo fuera español; porque, fundándose en cierto aire desdeñoso con que yo le había mirado al devolverle la Biblia, me había tomado por católico irlandés; y acaso este error suyo contribuyera, en gran parte, á que con tanta habilidad y prontitud me extrajese los mil dientes de elefante. Á su juicio, mis ideas eran fantásticas y disparatadas, é impropias de nuestro tiempo. —Nadie duda—me decía—de la utilidad de las misiones para la conquista y civilización de los pueblos africanos; pero ¿quién sería el osado que intentase predicar á estos salvajes sin contar con el apoyo de la fuerza? Si nos confiásemos al amparo exclusivo de la palabra divina, la conversión de cada negro, aun excluidos los antropófagos, costaría la vida á media docena de predicadores.

—Aunque así fuese—le replicaba yo,—aunque hubiera que lamentar la pérdida de tantas vidas humanas, no vacilaría en darlas, y las daría gustoso, en cambio de las del último y más despreciable antropófago, sacrificado en nombre de la civilización. En el apostolado hay que atender á la redención de los miserables, pero no olvidar la dignificación de los apóstoles! el martirio de un millón de misioneros no rebaja, mucho más que ya lo está, la condición de los salvajes, mientras que la muerte de uno solo de éstos destruye en absoluto la base misma de la civilización que se intenta inculcarles. Al enseñar, son dos los que deben levantar el espí-

ritu á las alturas; cabe aún que, por rebeldía del inferior, sea uno solo; pero que aquel que blasone de apóstol y se lance resueltamente á la predicación de su fe, cuide más de probarla con su propio sacrificio que con la conquista de gran número de adeptos, y no espere que éstos sean leales si los ha catequizado desde una fortaleza. Hasta los hombres más salvajes saben adorar el ideal cuando lo ven simbolizado en el sacrificio de otros hombres que, pudiendo emplear la fuerza, se ofrecen en holocausto por la humana fraternidad. Si nuestro ideal no nos inspira el sacrificio de nuestra vida, no es digno ya de que nos molestemos en propagarlo ó imponerlo á los demás hombres; y si no es tan puro que se acomoda á aliarse con vulgares intereses, vale más prescindir de él y no deshonrarlo aún más con los crímenes cometidos por la ambición de la riqueza ó del poder. ¿Quién será tan menguado que se imagine á Jesús explicando alguna de sus admirables parábolas, y sacando luego un variado surtido de baratijas para venderlas á buen precio á sus oyentes? Y ¿quién hubiera depositado su fe en Jesús si, luchando contra sus enemigos ó salvándose con sus parciales, hubiera rehuído la gran prueba que, engrandeciéndole á él, ennoblecía al resto de la humanidad? ¡Grave error es creer que los triunfos parciales conduzcan al triunfo final, porque es ley eterna que la victoria definitiva sea siempre de los vencidos!

Con estos y otros discursos pasábamos el tiempo; y si bien yo no lograba convencer á mi interlocutor, me hacía respetar más de los accas, asombrados de oírme hablar en una lengua que ellos no

comprendían. Algunos días transcurrieron sin que el misionero ó comerciante me hiciera su visita acostumbrada, y yo supuse que estaría muy ocupado en la organización de su caravana; nunca pudo ocurrírseme que la fatalidad le tuviera predestinado para un fin tan trágico como el que tuvo. Mis accas recorrían con frecuencia las colinas y bosques inmediatos á nuestro punto de parada con objeto de recoger ó comprar víveres; y un día, de vuelta de una larga expedición, me trajeron la terrible é inesperada noticia: unas bandas salvajes, establecidas recientemente en el país, habían sorprendido en los alrededores de Quiquere al hombre blanco y á algunos servidores que le acompañaban en su excursión, y los habían hecho prisioneros; las gentes de la comitiva habían sido libertadas por su cualidad de indígenas, y bajo promesa de entregar varios fusiles y cierta cantidad de pólvora; pero el jefe había sido decapitado después de sufrir grandes torturas, y su cuerpo había servido para celebrar un gran festín.

Según parece, algunas tribus del Niam-Niam, acosadas por el hambre ó por otras tribus enemigas, habían abandonado su territorio é invadido la región situada al Sur de la Ecuatoria, donde todo lo asolaban con sus correrías. Una de estas bandas de Niam-Niam había descendido hasta las inmediaciones del lago Nguezi, más que por propia decisión, empujada por los habitantes de los territorios invadidos, y acampaba cerca de Quiquere, cuando mis accas acertaron á alargarse hasta allí á tiempo de presenciar, escondidos en el bosque, la horrible matanza y el banquete antropofágico de los salva-

jes. Cuando los accas me describieron la angustiosa escena, imitando con sus gestos, mohínes y contorsiones la rabia impotente y la desesperada agonía de la víctima, el crispamiento amenazador de sus brazos atléticos, su mirada suprema á los cielos impasibles, sentí profunda piedad por el misionero ó comerciante, y me apresuré á levantar el campo antes que se nos echasen encima tan famélicos huéspedes. Carne, á decir verdad, yo no tenía ninguna, pues más que hombre era una momia, y podía confiar en que los antropófagos me despreciarían y no intentarían roerme los huesos; mas los accas habían entrado también en tierra de miedo, y deseaban huir de aquellos parajes, y yo aproveché tan buenas disposiciones para proseguir mi penosa marcha hacia la ansiada liberación.

Mi deseo hubiera sido dirigirme á pie hasta Yambuya, importante estación en el Aruvimi, vender el marfil que me quedaba, despedir á los accas, aconsejándoles que volviesen á Banga, y dándoles en especie algún socorro para el camino hasta el Nguezi y tomar yo la vía fluvial hasta Boma, donde me embarcaría para las Canarias. Pero la presencia en el territorio del Estado libre congolés de los bandidos de Niam-Niam me hizo cambiar de ideas y de rumbo y emprender la marcha hacia el Ujiji, con ánimo de establecerme en los alrededores del Tanganyica, hasta que, completamente restablecido, pudiera continuar el viaje á Zanzíbar.

La impresión que me produjo el relato mímico de los enanos, unida á los recargos de la fiebre y á las penalidades de nuestra precipitada marcha, in-

fluyó, sin embargo, tan desastrosamente sobre mí, que desde entonces no acerté á darme cuenta del camino que seguíamos, ni puede decirse que estuviera en mi juicio cabal; no recuerdo ninguno de los mil incidentes que debieron ocurrirnos desde el día que abandonamos nuestro campamento del Nguezi, hasta aquel en que volví á mi estado normal y me encontré en Santa Cruz de Tenerife, en un sanatorio ó casa de salud destinada especialmente á asistir á los enfermos de fiebres africanas, que antes de volver á Europa desean restaurarse un poco con ayuda del suave clima de Canarias.

Sólo he llegado á reconstruir de una manera vaga el tipo de un etnólogo alemán, de perfil judaico, con quien me reuní en el Ujiji y por cuya mediación vendí las pocas defensas de elefante que se habían librado de los saqueos de que fuimos víctimas por parte de los pueblos del camino, los cuales no permiten el paso si no se les paga un derecho de peaje, tanto más fuerte cuanto más débil es el viajero. Asimismo creo recordar que en una misión establecida al Sur del Usipa me incorporé á una expedición, á cuyo frente venía un hidalgo capitán de la marina portuguesa, y cuyo objeto era explorar el Africa Central, desde Mozambique á San Pablo de Loanda, pasando por el Nyanza, por el lago Tanganyica y por Cazongo. A ambos providenciales encuentros soy deudor, sin duda, de haber escapado con vida de tan largas y arriesgadas peregrinaciones. Ni olvidaré tampoco mencionar el movimiento de terror que se apoderó de mí cuando, al recuperar mi juicio, vi distintamente los primeros

hombres blancos, en quienes mis ojos, hechos ya á la vista de los africanos, creían descubrir cadáveres moviéndose como sombras.

Una vez que me encontré con fuerzas para moverme, sin esperar más me embarqué con destino á España, deseoso de volver al seno de mi familia, que debía darme ya por muerto después de tantos años de ausencia. Mi pensamiento no cesaba de formar conjeturas, y á veces mi corazón se angustiaba con tristes presentimientos; pero no quise hacer preguntas ni averiguaciones, sino verlo todo por mis propios ojos, presentándome de improviso por las puertas de mi casa. Y quizás si me hubiese estado en Canarias hasta recibir noticias de los míos, y hubiera sabido allí el cruel desencanto que me aguardaba, en vez de seguir hasta Europa, regresara á Africa á morir entre mi familia negra, en la que volvía á concentrar mi cariño al faltarme la de mi primer amor. La noticia de mi desaparición y de mi muerte, desfigurada al principio y confirmada después por varios conductos fidedignos, había costado la vida á mi padre, que se culpaba á sí mismo de lo ocurrido por el empeño con que me había apartado de la casa y lanzado involuntariamente en mi peligrosa vida aventurera; y poco después á mi madre, herida en su más entrañable afecto. Sólo sobrevivía mi hermana menor y única, y aun ésta había sufrido todo género de infortunios. Casada con un agente de Bolsa de Madrid, su marido, después de gastarle todo cuanto mis padres la habían dejado, se había comprometido hasta el extremo de tener que suicidarse por salvar siquiera el buen nombre; y mi hermana había que-

dado en la miseria con una hija de pocos años, y continuaba viviendo en Madrid, sola con sus apuros y sus amarguras.

Decidí, pues, irme á vivir á su lado para acompañarla y ayudarla con lo que yo pudiese ganar. El matrimonio me estaba vedado, porque, prohibida en España la poligamia, yo no me hallaba dispuesto á sufrir las incomodidades que lleva consigo la posesión de una sola mujer; me pareció preferible cerrar la historia de mi vida de progenitor, dejar apagarse las cenizas de mis pasiones africanas, y consagrar todo mi cariño á mi sobrinilla, á la que encontraba gran parecido con mi hijo Josimiré. Sólo me debía preocupar en adelante el triste problema de la manutención, el cual era para mí casi insoluble por haber perdido la brújula y hallarme en mi país tan desorientado como si jamás hubiera vivido en él. Para los negocios me incapacitaba el no tener capital ni crédito; para la política ó el periodismo, el no saber distinguir á unos hombres políticos de otros, ni siquiera este de aquel partido; para la abogacía, el haber olvidado casi todas las leyes que aprendí y haber caído en desuso las pocas que recordaba. Y aparte de esto, la contrariedad de tener el hígado echado á perder y estar casi siempre de malísimo humor. En tal apuro, no fué escasa fortuna que la protección del diputado de mi distrito, antiguo criado de mi casa, me proporcionara un destino de ocho mil reales en la Dirección de la Deuda, en una de cuyas oficinas me propuse, si me dejaban, pasar el resto de mis miserables días. Allí, con papel, tinta y plumas del Estado he ido urdiendo esta relación de mis aven-

turas y descubrimientos, destinada en un principio á quedar manuscrita, para uso reservado de mis parientes y escasos amigos, y publicada sólo porque así me determinó á hacerlo un sueño que tuve, y que me pareció de buen augurio.